

(crónicas de una intrusa)

Coche 11, plaza 1A, EUROMED 01081 con salida a las 8:15 horas de Barcelona-Sants dirección València-Joaquín Sorolla. Me pongo los AirPods que decidí pagar a cómodos plazos de 3,90 euros al mes para descubrir a todo volumen el nuevo álbum musical de La Zowi y comprobar si así consigo engañar el agotamiento de final de curso en la universidad sumado al cansancio de todos los microproyectos culturales que me permiten llegar a fin de mes. La letra del primer tema de *La Reina del Sur* (así se titula el álbum) dice que a las heridas le pongas *make up*. Pienso en la disociación entre el cuerpo y la mente tan propia de mi generación, pero, por mucho que me convenza la idea de que la disociación es una respuesta de huida por parte de nuestros cuerpos extenuados, me duele la mandíbula. Bajo al cuerpo. Bruxismo de clase.

Escribe la camarera con estudios en derecho, Laure Vega, que el bruxismo de clase es un gesto que se reproduce ante los daños de la vida áspera y que consiste en «bajar la cabeza, tragar saliva y serrar los dientes, porque las respuestas nunca dichas y la voz que nunca se levanta producen un tipo de dolor especialmente agudo al alma»¹. Un dolor en los

maxilares que -según Laure- no se produce en unas horas, días, ni años, sino que es un dolor de toda la vida, de todas las vidas. Un dolor que se hereda allá donde la palabra «patrimonio» no ha sonado nunca. Como en el corazón de lo que se invoca en la Galería 7 del Institut Valencià d'Art Modern. La primera exposición del programa de investigación y producción Art i Context, a cura de Julia Castelló y Ali A Maderuelo, que -según se puede leer en la misma web del IVAM- daría voz a la creación joven.

1. Laure Vega define el concepto de bruxismo de clase en su crítica literaria *Tea romos: Diez horas de trabajo, cansancio, tres pesetas* publicado en el medio digital catalunya plural.cat el 12 de abril de 2023. Disponible en: <https://catalunyaplural.cat/es/tea-rooms-diez-horas-de-trabajo-cansancio-tres-pesetas/> [Última consulta realizada el 12 de junio de 2023].

Al llegar al museo, pregunto a los artistas de la exposición *[DOSMILVINT-I-U] [DOSMILVINT-I-TRES] = 1 encuentro* por su fecha de nacimiento. La mayoría de ellos son un pelín más jóvenes que yo, de los noventa, pero compartimos generación. Somos Y. Aunque no sé si somos jóvenes o no. Nunca lo he tenido muy claro. De hecho, decía el equipo matriz del colectivo Galaxxia, enfocado en promover la cultura impulsada por los jóvenes y los derechos laborales en el sector cultural desde una perspectiva crítica, situada y cooperativa, que «el concepto juventud es ambiguo y problemático»². Sin embargo, los programas culturales artísticos destinados a jóvenes de instituciones públicas establecen que somos jóvenes hasta los 35 años. En este sentido, seguramente sí. Además de ser una colectiva, la exposición es una comunidad de subjetividades jóvenes.

2. Las aproximaciones del colectivo Galaxxia en torno a la relación entre precariedad y juventud son expuestas en su enciclopedia de código abierto *online* wiki.galaxxia.org [Última consulta realizada el 12 de junio de 2023].

A les de la Generación Y (más conocidas en el marco occidental neoliberal como *millennials*), nacidas entre 1981 y 1996, las generaciones anteriores nos llamaron despectivamente *ninis* (por aquello de «ni estudian ni trabajan»). Desde sectores comerciales y vinculados con el *marketing* de la etiqueta generacional, se nos atribuía individualismo, narcisismo, desafiliación política y desconfianza institucional. Esto fue -según ya señalaba Galaxxia- porque nuestro espacio generacional era en sí alérgico a las etiquetas en cuanto atravesado por la diversidad, origen de su sentido de agencia; y los individuos de la Gen-Y se relacionarían de forma distinta a cualquier otra generación. En su ensayo *Ok, Boomer. Reflexiones en torno a trabajo, cultura y juventud*, el colectivo apuntó que *precariedad* y *millennial* se erigen hoy como términos prácticamente indisociables:

«Nos vinieron dados al debate desde ciertas élites (la academia del autoproclamado occidente; las corporaciones y sus estrategias de *marketing*; los gobiernos y partidos, más porosos en sus argucias a los discursos de arriba que a las propuestas de la calle) y en el reino español nos hemos terminado sintiendo más o menos atravesados por lo que representan, incorporándolos a nuestro lenguaje. Palabras de lo más *mainstream*, manidas pero aún sin agotar, porque todavía son capaces de removernos y afectar nuestro estado emocional, nuestras estéticas y nuestro estar político»³.

Entrar en una exposición durante el proceso de montaje es como observar un gabinete de curiosidades en construcción. Mi mirada aquí es la de una intrusa que se deja llevar por sus impulsos. Busco indiscriminadamente en las maravillas de mi generación convencida de que, si paro quiera y escucho, encontraré pistas para descubrir una estética sobre el respeto, la corresponsabilidad y el cuidado con lo humano y lo no humano.

3. *Ok, boomer. Reflexiones en torno a trabajo, cultura y juventud* es una publicación en formato fanzine realizada en enero de 2020. Recopila los #artículos compartidos hasta la fecha por Galaxxia en su Instagram e incluye el prólogo «Hablemos del millennialismo», que describe el posicionamiento y estado del proyecto en esa fecha. Disponible en: http://wiki.galaxxia.org/index.php?title=Hablemos_del_millennialismo [Última consulta realizada el 12 de junio de 2023]. Fue publicada a través de una colaboración por Marri Culiz Editorial de DU·DA.

Marina González Guerreiro no está. Pero hay algo de su trabajo *Barca, muro, orilla, unos frutos* que me llama la atención. Es una bolsa transparente y abierta que contiene ocho pinzas de plástico de color morado, rosa y azul, de las que agarran mechoncitos de pelo. Al acercarme al mueble que las presenta, me encuentro con otras miniaturas de una vida pasada, o de un pasado que retorna como aquellas *fausses ruines* (falsas ruinas) que estarizaban la deconstrucción del tiempo y que fueron diseñadas para evocar un estado de ánimo melancólico y romántico a sus observadores. Los sobrantes de papel de una librería escolar que se han desprendido de la espiral al ser arrancadas sus hojas, una pulsera de hilos como las que hacíamos con las amigas en las horas muertas de verano o en el patio de recreo, el clip metálico de un dossier enmohecido, decenas de notitas en papel doblado que contienen secretos que nadie conocerá, y una etiqueta de regalo en forma de corazón en la que podemos leer sobre un fondo dorado las letras

Thank you.

Le pregunto a Álvaro Porras si me acerca a su instalación titulada *Al mirar un bosque, ver camellos*. Su trabajo también contiene secretos, como el de Marina. Secretos al ojo que nos recuerdan que no ver nada inteligible es la nueva normalidad. Conejos que en realidad son nubes y trenes que conforman un género dentro de la familia de los camélidos. Un Turner y un Manet. O quizás no. Puede que sea otra la estética que despliega Álvaro. Una magia entre el discurso y el ruido que se desplaza de generación en generación. Tres pliegues. Datos sucios y entumecidos, velados por la violencia y la conspiración de todo un sustrato de interrogantes que ya no nos permiten continuar pensando como lo hemos hecho hasta hoy. Empecemos por cambiar nuestra relación con las ideas, los relatos y los viejos problemas. Es hora de pensar diversas relaciones con nuestra forma de habitar el presente. La percepción contemporánea en el autodenominado occidente es, en buena medida, una percepción maquínica.

Oigo un sonido ambiente parecido al de una selva que me llama la atención. Es un sonido estrambótico, pero a la vez calmado y agradable, que provoca un efecto hipnótico, como el que produce la magia cuando entra en contacto con entidades no físicas. La comunicación mágica es posible gracias a la influencia mental y la percepción remota, dicen. La influencia mental por telequinesis daría lugar en 1781 a la máquina de vapor; por levitación, en 1903, al avión; y, en 1919, a la mochila propulsora. El contacto con entidades no físicas como los asistentes virtuales, los bots conversaciones o los buscadores web sucedería por medio de la adivinación, el análisis de la regresión y el aprendizaje automático. Algo parecido a lo que ocurre en la obra *zgh20050s00676097731* de Diego Navarro y Darío Alva. Su comunicación audiovisual solo es posible con la recuperación de información, bases de datos con diversas formas de vida ripificadas y sus entornos geológicos cruzadas por algoritmos con la esperanza que surja un patrón, y de ahí nuevos imaginarios y relaciones poshumanas. Pero ninguna necesidad de verificar que las entidades invocadas corresponden con alguna realidad empírica. Pura imaginación política, como la que también se revela en los formalismos antiguos que propone la pieza *Ecco* de Claudia Dyboski. Una ficción especulativa sobre aquello en lo que puede devenir nuestro mundo y nuestras prácticas simbólicas que nos acompañan en la tarea de narrar situaciones hipotéticas, formular preguntas al futuro e indagar acerca de las posibles consecuencias de las innovaciones culturales, científicas, sociales y tecnológicas. Fabular una segunda naturaleza. Agua y poliuretano. Escayola y PVC. Figuras de cuerdas. *So far*.

Quien nada tiene, al menos posee un cuerpo es el título que propone M Reme Silvestre en su intervención escultórica *site specific*. Quien nada tiene posee un cuerpo. Un cuerpo que ya no es un cuerpo. Un tejido utópico, posinstitucional, que tensa las paredes de la Galería 7. Una alternativa al *status quo* del viejo museo patrimonial. *[DOSMILVINT-I-U] [DOSMILVINT-I-TRES] = 1 encuentro* sería, en consecuencia, una férula de descarga. Una férula de descarga contra el bruxismo generacional.